

Pero, rigurosamente hablando, no se publicó en España ninguna obra críticamente aceptable sobre Vallejo en los veinte años que siguieron a su muerte. En 1960 la revista *Índice de artes y letras*, de Madrid, le dedicó un número especial¹⁴: fue un tímido clarinazo de aviso para los aún dormidos que, despertados, se dieron a la busca y captura de las obras de un poeta que se les presentaba como recién nacido y como de inexcusable conocimiento y goce. Verdad es que algunos poetas, como Blas de Otero o Salvador Espriu, por ejemplo, parecían estar conectados en la misma onda que el peruano, pero ese fenómeno es de más compleja explicación y prefiero no tocarlo porque nos introduciría en el campo de las influencias, siempre incierto y resbaladizo cuando parece que surgen fuentes por todas partes. En 1974 Julio Ortega coordina un libro que publica la Editorial Taurus, de Madrid, con el título escueto de *César Vallejo*: es la primera antología de estudios y artículos sobre la poesía del Cholo, al que se coloca en igualdad de condiciones y a la misma altura editorial que otros escritores consagrados del pasado y del presente. Y conviene recordar que Julio Ortega no es español¹⁵. Este libro significó algo así como la apertura de la veda. Ya había apóstoles, más o menos ocultos, de Vallejo. Me place recordar aquí tan sólo a uno que, por su sensibilidad especialísima, estudioso y poeta él, ha sido y es, a mi juicio, el más eficaz pregonero de Vallejo en España: ha escrito sobre él, ha compuesto poemas en su honor y en su onda, y dirige actualmente la revista *Cuadernos Hispanoamericanos*; se llama Félix Grande y es hombre que no necesita presentación entre los devotos de Vallejo. Me permito decir, quebrantando la cronología, que Félix Grande ha publicado, en 1988, con ocasión de cumplirse los cincuenta años de la muerte de Vallejo, el mejor homenaje que se haya publicado nunca en honor de Vallejo en España —y, tal vez, en el mundo entero—; yo mismo participé en ese homenaje¹⁶.

Vuelvo al hilo cronológico. En 1978 publica la revista *Litoral*, de Málaga, su *Perfil de Vallejo*¹⁷. De 1979 es el primer especial de *Ínsula*¹⁸, etc., etc.

Luego van apareciendo ediciones de las obras de Vallejo. Los tiempos han cambiado radicalmente y la clandestinidad no tiene razón de ser. El fenómeno que se produce entonces es tan paradójico como el mencionado líneas arriba: al desaparecer la prohibición, y con ella la clandestinidad, parece como si el hecho de leer a Vallejo perdiera la saludable frescura que el elitismo le daba y, al hacerse un bien comunal de libre uso y consumo, no estaba ya aureolado por aquella especie de romanticismo que tenía años atrás. No es que disminuyera el número de sus lectores; es que, al ser su lectura algo tan normal como la de cualquier otro poeta o escritor, entró en el ámbito de la cotidianidad en la que parece que nada tiene ya especiales relieves. Las principales ediciones de la obra de Vallejo son las siguientes: *Obras completas* (Barcelona, Ed. Laia, desde 1976); *Poesía completa* (Ed. de Juan Larrea, Barcelona, Barral Editores, 1978); *Obra poética completa* (Introducción de Américo Ferrari, Madrid, Alianza Editorial, 1982) y *Poesía completa* (Coord. por Américo Ferrari, Madrid, Colección Archivos, 1988). También se han publicado ediciones críticas de algunos libros en particular. Por citar una sola, citaré la que yo mismo realicé de *Poemas humanos y España*,

¹⁴ *Índice de artes y letras*, Madrid, núm. 134 (febrero de 1960).

¹⁵ Julio Ortega (Coord.), *César Vallejo*, Madrid, Taurus, 1974.

¹⁶ *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, vol. I, núms. 454-455 (abril-mayo de 1988); vol. II, núms. 456-457 (junio-julio de 1988), 1090 páginas.

¹⁷ *Perfil de Vallejo*, número especial de *Litoral*, Málaga, núms. 76-77-78 (junio de 1978).

¹⁸ *Ínsula*, Madrid, núms. 386-387 (enero-febrero de 1979).

aparta de mí este cáliz (Madrid, Castalia, 1987). También han publicado ediciones críticas Julio Vélez, Julio Ortega y alguno más. Por otra parte, sé que en la actualidad se están elaborando por lo menos dos tesis doctorales, afortunadamente sobre el campo menos conocido de Vallejo: su prosa.

He dejado para el final de este apartado dos notas. La primera me afecta como leonés que soy; y la segunda, como persona. Aunque, si bien se mira, nacido yo en León y, en la actualidad, profesor en su universidad, ambas notas me conciernen personalmente.

Esta es la primera nota. Sabido es que una de las revistas poéticas más importantes de la posguerra española fue *Espadaña*. Nacida en la primavera de 1944, en León, al calor de tres hombres de altísima categoría poética —Antonio González de Lama, Eugenio de Nora y Victoriano Crémer—, tras 48 números, se extinguió también en León, en el invierno de 1950-51. Durante el año 1949, *Espadaña* publicó siete números —37, 38, 39, 40, 41, 42 y 43—. En tres de ellos —39, 40 y 41— la revista presentó el subtítulo de «Poesía total». Con él se pretendía señalar no tan sólo un talante nuevo en lo que atañía a los enfoques, línea y contenidos internos de la revista misma, sino un arco de mayor holgura a colaboraciones representativas, exteriores a las del ámbito leonés fundacional, aunque en realidad no había estado huérfana de ellas nunca. El llamado proyecto de «Poesía total» fue un intento de robustecer, en sentido fuerte, el cable León-Madrid que, desde el principio, había tenido su anclaje madrileño «oficial» en la persona del jovencísimo y ya citado estudiante cepedano y poeta precoz Eugenio de Nora. Pues bien, en la segunda página del número primero de «Poesía total» (número 39 de la revista) apareció este mínimo homenaje-recordatorio, a modo de esquela mortuoria, al que personalmente —y respetando el parecer de otros— he atribuido siempre una importancia grande. Rezaba así el humilde —y atrevido, ¡no se olvide que corría el año 1949!— recordatorio:

CÉSAR VALLEJO. Nació el 6 de junio del año 1893 en Santiago de Chuco (Perú) y murió en París el día 15 de abril de 1938. José L. Aranguren, Antonio G. de Lama, Victoriano Crémer, Eugenio de Nora, Leopoldo Panero, Luis Rosales, José María Valverde y Luis F. Vivanco LE RECUERDAN¹⁹.

He dicho que, personalmente, doy gran importancia a esta esquela-homenaje. No ya sólo por la valentía que demuestra el simple hecho de publicarla, ni sólo —aunque también— por estar convencido de que el humanismo vallejiano y el humanismo espadañista son tan coincidentes que bien pudieran ser entendidos como uno solo, único y mismo humanismo, sino también porque la publicación en León de este recordatorio-homenaje —que es, sépase una vez más, el primer homenaje español a César Vallejo— indica, sencilla pero indudablemente, que Vallejo no era un desconocido en una pequeña ciudad provinciana como era —y es— León. Y no quiero entrar, porque no hace al caso, en una tupida selva de matizaciones: me llevaría muy lejos, nada menos que a tener que hablar del número de suscriptores que tenía la revista en León, de su ya mentada apertura justamente subrayada en el número 39, de la fisonomía inte-

¹⁹ Me permito destacar dos detalles: uno, el error en el día, mes y año del nacimiento de Vallejo, hecho que indica lo poco que por entonces se sabía del Cholo; otro, la nómina de firmantes, que no puede ser más significativa.

lectual y poética tan distinta de cada uno de los firmantes de la esquila, etc., etc. Ni estas ni otras mil matizaciones empañarían el hecho objetivo en sí, tanto más cuanto que, ya en el número 22 (1946), *España* —a la sazón subtitulada «Revista de poesía y crítica»— había publicado el poema «Los desgraciados», de *Poemas humanos*, de Vallejo, y publicaría en el número 45 (1950) «Masa», de *España, aparta de mí este cáliz*, poema que, después, ha dado la vuelta al mundo en forma de canciones y traducciones. El hecho adquiere un relieve más acusado si no se olvida que la revista publicó también textos de Neruda —llegados Dios sabe cómo y a través de qué periplos internacionales y transoceánicos—, cosa que, si no increíble —porque tenemos la prueba en ella misma—, sí es a todas luces admirable. En años de sequía poético-política, por corte radical de los canales de abastecimiento y regadío, León tenía la valentía de arrimar sus labios a esas aguas traídas de tan lejos, en garrafillas misteriosas y milagrosas como las benditas y virginales garrafitas de agua de Lourdes o de Fátima... Tal vez, esta nota les diga algo a ustedes de mi entusiasmo vallejiano y de mi dedicación al estudio de su obra poética: es un simple acto de fe en mis orígenes y de fidelidad a ellos.

Y ésta es la segunda nota. En los años 60 yo leía a Vallejo amparado en el mismo sistema estratégico que usaban los demás. Leía, también, todo cuanto podía sobre él y sobre su obra. Una buena amistad en el Perú me surtía, con qué astucia y delicadeza, de un material cuyo valor iba yo calibrando a medida que lo asimilaba, leyéndolo. Por esta vía llegó a mis manos la Edición de Moncloa Editores, con facsimilares de *Poemas humanos* y de *España, aparta de mí este cáliz*. Tenía yo que realizar mi memoria de licenciatura. Y la hice sobre la poesía de César Vallejo. Luego de recibir un consejo eficaz, me propuse hacer la tesis doctoral sobre el mismo tema. Aquí la cosa resultó un tanto difícil, hasta que encontré a un hombre, Alonso Zamora Vicente, Secretario Perpetuo de la Real Academia Española y catedrático en la universidad de Madrid, que se avino a dirigirmela. Recuerdo que yo asistía a los cursos de doctorado, en la universidad Complutense. Dictaba uno de los cursos Zamora Vicente. Nos reunía en torno a una amplia mesa de la biblioteca del Departamento, contigua a su despacho, en el edificio B de Filosofía y Letras de la Complutense. Allí estaba entonces, con toda su gracia eficaz, Sabina de la Cruz, esposa de Blas de Otero. Cierta día, con el humor tan peculiar que derrochaba, se me queda mirando fijamente don Alonso, repentinamente parado en su discurso. Éramos unos ocho o diez. Se me queda mirando y me dice: «Así que usted quiere hacer una tesis sobre Vallejo». Contesto: «Sí, señor». Guarda un silencio casi imperceptible y pregunta a los alumnos que rodean la mesa: «¿Quiénes de ustedes han leído a Vallejo?». Nadie responde. Se queda un tantico cortado y sorprendido, pero apenas si se le nota. Repuesto, dice tan sólo, con su humor de siempre, esta vez quizás un poquito más amargo: «Pues, léanlo, que es muy higiénico». Así fue como yo escribí una tesis doctoral sobre Vallejo, bajo la dirección de Alonso Zamora Vicente, privilegio que no todos podían alcanzar ya que era un tanto remiso a este tipo de tareas, al menos por entonces, y así fue como,